



La presencia del sino y la muerte en el universo creativo de Javier Villafañe

Cecilia María Labanca (Unidad Académica “Estados Unidos de América”)

En la presente investigación, a partir del análisis crítico de la poesía *El sueño del niño negro* y de los cuentos: *Los sueños del sapo* y *Maese Trotamundos*, de Javier Villafañe, intentaré determinar en qué medida dichas creaciones encarnan las funciones primordiales de la literatura de que nos habla Umberto Eco cuando afirma:

(...) la verdadera función educativa de la literatura (...) no se reduce a la transmisión de ideas morales, ya sean buenas o malas, o a la formación del sentido de la belleza. (...) La función de los relatos “inmodificables” es precisamente ésta: contra cualquier deseo nuestro de cambiar el destino, nos hacen tocar con nuestras propias manos la imposibilidad de cambiarlo. Y al hacerlo, nos cuentan lo que nos cuenten, cuentan también nuestra historia, y por eso los leemos y los amamos. (...) La narrativa hipertextual puede educarnos a ser libres y creativos. Está bien, pero no lo es todo. Los relatos “ya hechos” nos enseñan también a morir. Creo que esta educación al Sino y a la muerte es una de las funciones primordiales de la literatura.” (Eco, 2012: 21 y 22).

Intentaremos también comprobar que los textos de Villafañe nos sumergen en el mundo de las emociones, contribuyendo de manera espontánea al desarrollo de la inteligencia emocional, con los beneficios que dicho proceso prodiga en los lectores.

Transcribo a continuación el texto poético, para una mejor comprensión de su análisis:
(Villafañe, 2005: 15) **El sueño del niño negro**

Sueños de muchos colores
saben soñar los morenos.

A la sombra gris oscura,
bajo un blanco limonero,
almohada de verdes hojas,
se ha dormido el niño negro.

Se ve en un caballo zaino
por campos amarillentos.

Violeta el jacarandá,
azul el río, a lo lejos...

El saco marrón y lila,
verde y granate el sombrero
y una rosa color rosa
lleva en el blanco pañuelo.

Negra niña se le acerca
y le pide al niño negro
que moje en el río azul
sus rojos labios sedientos

¡Galopa el caballo zaino
por el campo amarillento!
¡Qué celeste está la tarde
y qué celeste está el viento!

Las frescas aguas azules
mojan los labios bermejos...

Sonríe la niña negra
y sonríe el niño negro,
sonrisas de blancos dientes
y de bronceados hoyuelos.

Cantóun rojo cardenal
en el blanco limonero,
y apartando verdes hojas
se despierta el niño negro.

La primera estrofa es un verdadero juego de colores: el gris oscuro de la sombra que proyecta el limonero, la negritud del niño bajo la blancura del árbol y junto a las verdes hojas de la almohada.

A continuación, el color irrumpe bajo el hálito de la libertad: plena luz de los ‘campos amarillentos’ para vagar sobre el caballo zaino. Al blanco del limonero lo ha reemplazado el violeta del jacarandá, completado por el azul del río, a lo lejos...

Saco y sombrero merecen dos adjetivos de color cada uno y el tratamiento especial de la flor, con la doble aparición de la palabra rosa es un anticipo elocuente de la presencia femenina, inminente.

La llegada de la niña en la estrofa central convoca a un juego de colores en una alternancia de posiciones adjetivo-sustantivo; sustantivo-adjetivo: ‘negra niña (...)/ (...) niño negro’; río azul (...)/ (...) rojos labios. El personaje femenino toma movimiento y voz al pedir al niño “que moje en el río azul/sus rojos labios sedientos”. El poeta intensifica el climax del sueño con la mención de los labios ‘sedientos’, anticipo y garantía de un amor correspondido.

No podía eludir el autor la exclamación que envuelve por completo la estrofa siguiente; en una clara identificación caballo-jinete; el niño - inundado de pasión - ‘galopa’ en busca de su amada.

El paralelismo siguiente: “¡Qué celeste.../ qué celeste...” difunde el color de los sueños sobre el escenario de la tarde y el viento. Poeta y naturaleza se funden en la manifestación de la alegría interior.

Villafañe concentra luego el esplendor del sueño: la frescura del agua llega a calmar la pasión de la niña: los labios bermejos encuentran el sosiego que frescas – imagen táctil – aguas azules le prodigan. Las expresiones ‘aguas azules’ y ‘labios bermejos’ marcan, en la oposición de colores, el encuentro amoroso que acaba de suceder, destacado por el dístico: “Las frescas aguas azules/ mojan los labios bermejos”, metáfora pura para aludir a la proyección y realización del plano onírico sobre la realidad tangible.

De la felicidad del encuentro sólo surgen sonrisas y el verso se puebla de abundantes aliteraciones, hasta llegar al paralelismo final, que indica la correspondencia de sentimientos: “sonríe la niña negra/ y sonríe el niño negro”. Ambos han alcanzado la alta Alegría que el amor ha despertado. El retorno a la realidad es tarea del rojo cardenal y el poeta vuelve a jugar con los colores: rojo cardenal, blanco limonero, verdes hojas y niño negro.

En cuanto a la métrica, resulta difícil no establecer una correspondencia con el ritmo ágil de los octosílabos asonantados del *Romancero Gitano* de Lorca.

María Hortensia Lacau, en su obra *La poesía infantil y sus proyecciones*, citando a Horacio Armaninos revela: (Lacau, 1986:15 y Armani, 1981:27) “...la razón de la poesía ha sido siempre el conocer, aunque no por los métodos ortodoxos de la filosofía, creadora de sistemas, sino por medio de intuiciones. Éste es el aporte que siempre ha ofrecido la poesía a

la religión y a la filosofía, porque no es una cosa mental; la casi totalidad de su esencia se encuentra en la emotividad y la intuición.”

En el caso que nos ocupa, el sueño es el lugar revelador de conocimiento: el que nos lleva a intuir la forma de nuestro sino. En el sueño, el niño ha concretado la posibilidad del encuentro con el ser amado, con lo cual el rostro de su destino personal aparece iluminado de felicidad.

Los sueños del sapo

En coincidencia con la poesía analizada, Villafañe incursiona ahora de manera categórica en el tema de los sueños. A través de ellos, el personaje alcanza el descubrimiento de su esencia y la aceptación gozosa de sí mismo, lo que nos remite a la mención que Freud hace con respecto al origen y esencia de los sueños. (Freud, 1997:721) “Otros pensadores (...) mantienen el juicio de que los sueños nacen de estímulos esencialmente anímicos y representan manifestaciones de fuerzas psíquicas (de la fantasía onírica, Scherner, Volkelt) que durante el día se hallan impedidas de desplegarse libremente.”

El título del cuento - a diferencia de la poesía analizada - anuncia desde el primer momento la pluralidad de sueños que vivirá el personaje y la primera oración nos ubica de lleno en la firme decisión interior del protagonista: “Una tarde el sapo dijo: _Esta noche voy a soñar que soy árbol”. A renglón seguido intuimos el móvil poderoso para decisión tan terminante: el personaje busca su felicidad. “Era feliz; iba a ser árbol esa noche.” (Villafañe, 2009: 53,54)

Su búsqueda de felicidad es luego socializada ante la comunidad de sapos, en aumento tras cada sueño: cien, doscientos, trescientos compañeros esperan atentos y curiosos los resultados de su búsqueda interior. Ante la negación de la felicidad tan buscada, el autor compensa la frustración del personaje embelleciendo la narración de cada sueño con imágenes de verdadera prosa poética. El poeta Villafañe aflora en los sueños más importantes de su personaje:

Anoche fui árbol (...) Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas; pero no podía volar. (...) Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. (...) “Fui río anoche (...) No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta; es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. (...) (Villafañe, 2009: 53 y 54)

Después del tercer sueño, y para cerrar el círculo de la búsqueda de sí mismo, el personaje se reviste de un silencio hierático ya que sólo concede el mínimo de palabras necesarias para transmitir su verdad, no ante una audiencia multitudinaria sino a quienes lo vieron **muy feliz** a la orilla del agua y le preguntaron el porqué de su contento. “Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.” (Villafañe, 2009: 54)

Final abrupto, inesperado, de honda raíz filosófica y que deja al lector con el peso de su verdad recién estrenada. La experiencia del descubrimiento de sí mismo ha traído felicidad al corazón del personaje. El resto, silencio.

Asistimos así, desde una vertiente poética, a la comprobación filosófica que Borges expresa en estos términos: “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.” Y luego: “Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro.” (Borges, 1957: 55 y 57)

Maese Trotamundos

Muchos son los temas planteados en este cuento que Villafañe escribiera en 1944 y que resultara premiado en el Concurso de Cuentos Editorial Guillermo Kraft e incluido en el libro: *Veinte cuentos infantiles ilustrados por niños*. A saber: el amor, la culpa y la muerte como forma de unión con los amigos y el ser amado.

Trotamundos como personaje-títere ya acompañaba a Villafañe desde los inicios de las recorridas en la Andariega, allá por 1933. Es también mencionado en su novela corta *El caballo celoso*, en el título: *Trotamundos por los caminos del Quijote*, y también el personaje de Trotamundos es el encargado de firmar de puño y letra la minibiografía de Maese Javier, en la introducción a *Cuentos y títeres*. De los títeres que siempre acompañaron a este creador de las “manos de mago” pareciera ser su preferido, al punto de dedicarle un cuento completo. En la carreta de los títeres, los muñecos dormían en una caja sobre el techo y en otra, más pequeña, Maese Trotamundos. Durante las representaciones, él era el encargado de anunciar las obras y presentar a los personajes. Al terminar la función, aparecía nuevamente en escena y anticipaba que el mono pasaría a buscar las monedas que cada uno quisiera dar. (Villafañe, 2009: 47) “Maese Trotamundos fue un títere maravilloso. Ninguno como él para decir prólogos y epílogos. No había otro que saludara con tanta gracia.”

Si bien su tarea diurna es importante, su presencia entre los muñecos durante las noches es casi imprescindible: (Villafañe, 2009:48) “Por la noche, mientras descansaban los titiriteros, Trotamundos salía de su caja y despertaba sus compañeros.”

Se establecía, entre todos, una verdadera comunicación gozosa y “todos sentían un profundo cariño por Maese Trotamundos”. (Villafañe, 2009: 48) Así, sabemos que Trenzas de oro - la protagonista de *El caballero de la Mano de fuego* - le había tejido una flor “luminosa como una luciérnaga” para que él la luciera en su solapa. El general, por su parte, le regala una medalla ganada en combate y el Mago le da a beber el filtro de la eterna juventud “porque los muñecos envejecen igual que los hombres.” (Villafañe, 2009: 48)

Pero Trotamundos también ama la soledad. Así, una noche de luna llena, después de llamar a sus compañeros para que gozaran el espectáculo que brindaba el cielo estrellado, quiso estar solo; volvió a su caja y frente a la tormenta inminente “bajó la tapa de su caja y dejó caer la lona.” Quería escuchar, en soledad, el canto de la lluvia.

A la mañana siguiente ningún títere responde al llamado de Trotamundos. El autor enfoca su cámara fotográfica sobre el escenario de la tragedia: todos los muñecos están muertos. Ahogados.

Los dos titiriteros se atribuyen el descuido fatal: “_ Anoche nos olvidamos de cerrar una de las cajas.” Pero enseguida encuentran consuelo: “_ No importa. Haremos otros muñecos.”

En cambio, “(...)maese Trotamundos sufre. Cierra los ojos; llora. Ve dos trenzas de oro flotando en el agua.” (Villafañe, 2009:49)

El derrumbamiento del mundo con la muerte de sus amigos deja casi sin palabras al narrador. Unas contundentes y por demás concisas oraciones traducen con el mínimo de palabras la enorme desazón del protagonista.

Quien lee el cuento no puede permanecer impasible frente a la tragedia. A partir de este punto, Villafañe diversifica las dos posturas francamente inconciliables: descalificación de lo acaecido y un rápido mecanismo de recomposición de la realidad de parte de los titiriteros, por un lado, y, por el otro, asunción de la culpa por la muerte de los amigos, en la persona de Trotamundos.

Los hombres fácilmente reemplazarán a los muñecos por otros aun mejores, a juicio de ellos; pero el corazón de Trotamundos no encontrará consuelo por haber olvidado a sus amigos durante la tormenta: fue su egoísmo por gozar del canto de la lluvia en soledad el que lo ha vuelto responsable ante la misma muerte. Así, en el discurso que piensa pronunciar en la próxima función dirá, culpándose sin piedad: “Yo los dejé morir a todos ellos. Los olvidé una noche bajo la lluvia para encerrarme en mi caja y escucharla música del viento. ¿Han oído

alguna vez una historia más triste? Amigos míos, que mi desgracia les sirva de ejemplo (...)" (Villafañe, 2009:50)

Pero, cuando en la función del domingo siguiente, el titiritero anula la libertad de Trotamundos e, ignorando sus palabras-sentimientos, le impone su propio discurso, el títere queda sumido en la desesperanzada tristeza de quien nada puede remediar.

De aquí en más, el último eslabón de la tragedia: los hombres también reniegan de él y deciden reemplazarlo: "Yano sirve éste. Haremos un Trotamundos mejor."(Villafañe, 2009:50) Sin embargo, y paradójicamente, la "solución" deshumanizada de los titiriteros - incapaces de sentir amor hacia los muñecos y menos aún hacia el mismo Trotamundos, que tantos servicios les brindara - colma de felicidad al presentador sin par: "Esa misma noche lo arrojaron desde lo alto de la carreta. El golpe fue mortal. Maese Trotamundos sonrió al morir. Sabía que iba a reunirse con sus viejos compañeros en un país que está del otro lado de las montañas, y que allí lo esperaba una muñeca con una mano en el pecho y en la otra una flor luminosa como una luciérnaga."(Villafañe, 2009:51)

Es infinita la gama de emociones y vivencias interiores frente al tema de la muerte que Villafañe nos presenta en este cuento: el remordimiento punzante por el propio descuido; la responsabilidad por la muerte de los amigos; la valoración del amor y la amistad; la alegría frente a la propia muerte, a la que concibe como liberadora del sufrimiento moral.

Retomando el planteo inicial de esta investigación, transcribo los siguientes pensamientos de Eco referidos a la función primordial y educativa de la Literatura: "Leer un relato quiere decir también ser presa de una tensión, de un espasmo. (...) Es el descubrimiento de que las cosas han sido de una determinada manera, y para siempre, más allá de los deseos del lector. El lector debe aceptar esta frustración, y a través de ella sentir el escalofrío del Destino. (...) La dolorosa maravilla que nos procura cada relectura de los grandes trágicos es que sus héroes, que podrían haber escapado de un destino atroz, por debilidad o ceguera no entienden a qué salen al encuentro y caen en el abismo que han cavado con sus propias manos." (Eco, 2012: 22,23)

En coincidencia con ello, frente al dolor de Trotamundos sentimos en carne propia - como lectores - la inexorable condición de su destino trágico y asistimos, asombrados e inermes, a la angustiada experiencia de su propia muerte y la de sus amados amigos.

En la Introducción a este estudio mencionamos también nuestro interés por ver en qué medida la literatura de Villafañe podía contribuir al desarrollo de la inteligencia emocional, con los beneficios sociales que esto significa.

Los siguientes conceptos de Daniel Goleman nos ayudarán a ver la relación directa entre literatura de ficción y desarrollo emocional: “(...)una estrategia alternativa para impartir educación emocional, no es crear una nueva clase, sino integrar las clases sobre sentimientos y relaciones personales a otros temas ya enseñados. Las lecciones sobre las emociones pueden surgir naturalmente en la clase de lectura y escritura (...)” Y más adelante: “Así, por ejemplo, los alumnos de primer grado tienen un cuento ‘Rana y Sapo son amigos’, en el cual Rana, ansiosa por jugar con su amigo Sapo que está hibernando, le tiende una trampa para obligarlo a despertar antes de tiempo. El cuento es utilizado como plataforma para una discusión en clase acerca de la amistad, y desemboca en cómo se siente alguien a quien se le tiende una trampa.” (Goleman, 2000:313) Creemos que el debate y discusión frente a los valores que rigen la conducta humana surgirá de modo espontáneo tras la lectura del texto de Villafañe, y se cumplirá así esa función educativa de la literatura que Eco da como hecho valioso e insoslayable.

Para concluir los comentarios alrededor de Maese Trotamundos, el sapo y el niño negro, creo oportuno consignar también los conceptos de Michèle Petit, referidos al valor salvador de la literatura, cuando de emociones se trata: “La idea de que la lectura puede ayudar al bienestar de la gente es muy antigua (...) Sus poderes reparadores, en particular, no han dejado de ser observados a lo largo de los siglos” (Petit, 2012:9) y luego: (...) Marc Soriano narró un día de qué manera, siendo niño, Pinocho le ayudó a sobreponerse a la muerte de su padre y a la grave anorexia resultante que puso en peligro su vida. En palabras de él “devoró, masticó, engulló, y regurgitó Pinocho, en el cual encontró (...) la fuerza para luchar contra el abrumador sentimiento de culpa que la muerte absolutamente real de su padre amenazaba con hacer irreversible y fatal.” (citado por Rémy Puyuelo en “Héros de l’enfance, figures de la survie”, Paris, ESF, 1998, p.66. Allí se puede ver hasta qué punto una obra, en ocasiones, nutre literalmente la vida.)” (Petit, 2012:11)

Bibliografía

Armani, H. (1981), *Antología esencial de la poesía argentina*, Buenos Aires, Aguilar Argentina.

Borges, J. L. (1957), *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*, en *El Aleph*, Buenos Aires, Emecé Editores, S.A.

Eco, U. (2012), *Sobre Literatura*, 1ª edición, Buenos Aires, Sudamericana.

_____ (2013), *Lector in fabula*, Buenos Aires, Random House Mondadori S.A., 2013.

Freud, S. (1901) *Obras Completas*, Buenos Aires, Ed. Losada S.A., 1997, tomo V, Cap. 18: Los sueños.

Lacau, M. H. y Abate, M. (1986), *La poesía infantil y sus proyecciones*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

Medina, P. (1990), *Javier Villafañe. Antología. Obra y recopilaciones*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Petit, M. (2012), *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Buenos Aires, Océano Travesía,

Villafañe, J. (2009), *Los sueños del sapo*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, p.53

_____ (2005), *El gallo pinto y otros poemas*, Buenos Aires, Ediciones Colihue

_____ *Cuentos y títeres*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.

_____ (1954) “Maese Trotamundos”. En *Veinte cuentos infantiles ilustrados por niños* (Textos e ilustraciones premiados en el concurso instituido por la Editorial Guillermo Kraft Limitada.), Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Limitada.

<http://www.imaginaria.com.ar/08/9/villafane2.htm>